5. Evangelización franciscana. Pedro de Gante, humanista y primer profesor de música en Nueva España

Juan Pedro Pérez Pardo
IULMYT, Universidad Complutense de Madrid
jp2002pj@hotmail.com

Resumen

La música jugó un papel destacado en la evangelización de Nueva España. Los franciscanos tradujeron a la lengua náhuatl la doctrina cristiana, musicalizando ésta a través del canto llano y logrando así la conciliación de dos creencias tan distintas. Uno de los protagonistas de tan ingente labor fue Fray Pedro de Gante, predecesor de los «Doce Apóstoles de México», humanista y primer profesor de artes y oficios en el Nuevo Mundo.

Palabras clave

Evangelización. Nueva España. Franciscanos. Música. Pedro de Gante.

Abstract

Franciscan evangelization. Pedro de Gante, a humanist and the first music teacher in Nueva España. Music played an outstanding role in the evangelization of Nueva España. Franciscan friars translated into Nahuatl the Christian doctrine by means of plainsong achieving thus the conciliation between two very different creeds. One of the main actors in this painstaking task was Fray Pedro de Gante, a humanist, the first Arts and Crafts teachr in the New World and the predecessor of «The Twelve Apostles» in Mexico.

Keywords

Evangelization. Nueva España. Franciscan. Music. Pedro de Gante.

Sinopse

Evangelização franciscana. Pedro de Gante, humanista e primeiro professor de música na Nova Espanha. A música desempenhou um papel destacado na evangelização da Nova Espanha. Os franciscanos traduziram para a língua náhuatl a doutrina cristã, musicalizando-a através do canto tradicional da liturgia cristã e conseguindo assim a conciliação de duas crenças tão diferentes. Um dos protagonistas dessa tarefa tão ingente foi Frei Pedro de Gante, predecessor dos «Doze Apóstolos do México», humanista e primeiro professor de artes e ofícios no Novo Mundo.

Palavras-chave

Evangelização. Nova Espanha. Franciscanos. Música. Pedro de Gante.

5.1. Introducción

El emperador Carlos v (1500-1558) y su hijo Felipe ii (1527-1598) fueron los principales impulsores del proceso de evangelización llevado a cabo en el Nuevo Mundo, cuyos protagonistas principales fueron las diferentes órdenes religiosas que allí se establecieron. La orden franciscana fue, además de una de las primeras en llegar a las costas de Nueva España, la que, desde un principio y con un reducido número de frailes, se ocupó de atender las carencias espirituales de los nativos, para lo cual tuvieron que hacer frente a lo que para ellos fue un mundo totalmente desconocido: las diferentes lenguas indígenas, a lo que los misioneros respondieron aplicando soluciones y métodos diversos, como trataremos de mostrar en el presente estudio.

Nos centraremos en la figura del que fuera en Lovaina compañero de universidad de Erasmo de Rotterdam (1466-1536), el humilde misionero franciscano Pedro de Gante (ca. 1479-1572), un humanista que viajó a Nueva España y se convirtió en el primer profesor de música del Nuevo Mundo; gran defensor de los naturales; fundador de escuelas y promotor de la construcción de más de cien iglesias, y autor de la *Doctrina Christiana en Lengua Mexicana*, un catecismo en pictogramas realizado ya en 1525 y que hoy día podría ser considerado como uno de los primeros y mejores ejemplos de traducción intersemiótica.

Además de fray Pedro de Gante -y aunque no sean motivo de este estudio- no podemos dejar de mencionar a figuras tan relevantes como Bernardino de Sahagún (1499-1590), Toribio de Benavente o Motolinia (1482-1569), Jerónimo de Mendieta (1525-1604), Martín de Valencia (ca. 1450-1533), Juan de Zumárraga (1468-1548), Juan de Torquemada (1557-1624), Diego Valadés (1533-1582), Agustín de Vetancurt (1620-1700), por citar algunos de ellos, sin olvidar al fraile dominico Bartolomé de las Casas (ca. 1484-1566), cronista de Indias y principal apologista de los indígenas… porque todos ellos fueron los protagonistas que hicieron y escribieron la historia temprana de Nueva España que hoy conocemos.

5.2. Evangelizar Nueva España

En la primera mitad del siglo XVI son varias las órdenes religiosas que llegan a Nueva España para ejercer su apostolado: los franciscanos lo hicieron en 1523, y a estos siguieron los dominicos en 1526, los agustinos en 1533 y más adelante los jesuitas en 1572, además de órdenes menores como la de los mercedarios, carmelitas y órdenes femeninas como las clarisas. Ya la reina Isabel la Católica (1451-1504), mes y medio antes de morir, otorga testamento el 12 de octubre de 1504 en Medina del Campo, y en sus últimas voluntades (Codicilo de fecha 23 de noviembre de 1504), solicita «[…] enbiar a las dichas Islas e Tierra Firme pre/lados e religiosos e clerigos e otras personas doctas e temerosas de Dios, para ynstruir los vezinos e moradores dellas en la fe catholica […]», y sienta un precedente en la política de la Corona española con respecto al aborigen americano, al pedir a sus herederos que «[…] no consientan ni den lugar que los yndios, vezinos e moradores de las dichas Yndias e Tierra Firme, ganadas e por ganar, reçiban agrauio alguno en sus personas ni bienes; mas manden que sean bien e justamente tratados, […]»[1]. Por su parte, el que fuera gobernador y capitán general de Nueva España, Hernán Cortés (1485-1547), en sus «Cartas de Relación», solicita al emperador Carlos V envíe misioneros para poder realizar la conversión de los indios y cristianizar la Nueva España, lo que el emperador no tarda en conseguir a través del que fuera su preceptor y entonces papa Adriano VI (1459-1523) por medio de la bula *Exponi nobis nuper fecisti tuam* fechada el 10 de mayo de 1522, en la que permitía a todos los religiosos de las órdenes mendicantes —en particular a los franciscanos— fuesen a predicar a Indias, y lo hiciesen siguiendo el ejemplo de los apóstoles de Cristo:

> «[…] 1. Concede que todos los Religiosos de Ordenes Mendicantes, particularmente de Sn. Francisco, que nombrados por sus Prelados, quisieren voluntariamente pasar a las Yndias á predicar, y á introducir a sus Naturales en la feé Catholica, lo puedan libremente hacer. […] IV. Y para que en tan Santa Obra no falte el merito de obedecer, Su Santidad en virtud de Santa Obediencia, manda a todos los que assí fueren nombrados, y voluntariamente se ofrecieren, que hagan la dicha Misión a exemplo de los Dicipulos de Xto. Señor Ntro. y desde luego les dá la bendición Apostolic.»[2]

A mediados del siglo XVI el número de misioneros y de religiosos criollos que componen las diferentes órdenes repartidas por Nueva España era aproximadamente de unos 800. En «*La conquista espiritual de México*», Robert Ricard pone de manifiesto que «[…] Para todo México había en 1559: 380 franciscanos, en 80 casas; 210 dominicos, en 40 casas, y 212 agustinos, también en 40 casas»[3].

1 *Testamento y Codicilo de la Reina Isabel la Católica: 12 de octubre y 23 de noviembre de* 1504, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1969, p. 37.
2 Balthasar de Tobar. *Compendio bulario índico*, edición y estudio de Manuel Gutiérrez de Arce, Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1954, tomo I, pp. 90-91.
3 Ricard Rober. *La Conquista Espiritual de México*, México: F.C.E., 1986,p. 87.

5.2.1. Pioneros de la evangelización

La evangelización de Nueva España tiene como protagonista inicial a la orden de los franciscanos reformados, la *Ordo Fratrum Minorum Reformatorum* (frailes menores o franciscanos de la observancia: O.F.M.[4]), quienes llevaron su apostolado desde los desérticos territorios del norte hasta los dominios mayas en la península de Yucatán y Guatemala, siendo los protagonistas de las primeras construcciones monásticas y educativas que se erigieron en el Nuevo Mundo:

> «A partir de 1524 los frailes menores fundan conventos en dos regiones, que habrán de ser los dominios fundamentales de su actividad apostólica: el valle de México y la región de Puebla. En cada una de ellas instalan dos casas y para ello escogen grandes centros indígenas, de excepcional importancia, así política como religiosa. En la región de Puebla, Tlaxcala y Huejotzingo; en el valle de México, Tezcoco y Churubusco, donde había un templo de Huitzilopochtli y de donde poco tardaron para trasladarse a México. Los primeros pueblos catequizados por los padres de México fueron Cuautitlán y Tepotzotlán; por otra parte, con el convento de México estuvieron ligados durante todos los tiempos el valle de Toluca, Michoacán, la región de Jilotepec (Estado de México) y la de Tula (Hidalgo). De Tezcoco dependían Otumba, Tepeapulco, Tulancingo (las dos últimas en el actual estado de Hidalgo) y todo el territorio localizado entre estas poblaciones y en dirección al norte. Tlaxcala tenía jurisdicción sobre Zacatlán y sus montañas, lo mismo que sobre la región de Jalapa y Veracruz. Huejotzingo, por fin, había recibido a su cuidado a Cholula, Tepeaca, Tecamachalco, Tehuacán, Huaquechula, Chietla y toda la Mixteca.» (Ricard, 1986, pp. 139-140.)

1524 es el año en que llegan a San Juan de Ulúa —puerto cercano a la Villa Rica de la Vera Cruz— provenientes de la provincia de San Gabriel, los llamados «Doce apóstoles de Nueva España», también conocidos como «Doce apóstoles de México», quienes durante cinco largas semanas recorren a pie y descalzos el camino hasta la gran ciudad de Tenochtitlan (aproximadamente 400 km). Fray Martín de Valencia fue el líder del grupo y está considerado por la historia eclesiástica como uno de los fundadores de la Iglesia Católica en México. Entre Los Doce se encuentra también fray Toribio de Benavente, quien adoptaría el apodo de Motolinia, tal y como lo describe fray Jerónimo de Mendieta: «[…] Los indios se andaban tras ellos […] y maravilláronse de verlos con tan desarrapado traje […] diciendo: motolinea, motolinea. Fr. Toribio de Benavente preguntó a un español qué quería decir aquel vocablo […] Respondió el español: Padre, motolinea quiere decir pobre o pobres.»[5]

4 Para diferenciarla de la *Ordo Fratrum Minorum Conventualium* (O.F.M. Conv.) y la *Ordo Fratrum Minorum Capuccinorum* (O.F.M. cap.). Las diversas ramas de los franciscanos se crean a partir de las diferencias que cada orden establece a la hora de observar, interpretar y vivir la Regla que San Francisco de Asís (1181/82-1226) creó, aprobada por el papa Inocencio III en 1209.

5 Jerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana*, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1973, Tomo I, Libro III, capítulo XII, p. 129.

A partir de este momento y hasta el final de su vida, fray Toribio de Benavente firmó y se nombró siempre como Motolinia —la actitud de los franciscanos podemos entenderla como una contribución para implantar en la Iglesia la pobreza evangélica, el modo de vivir de Jesucristo, lo que el historiador Gustav Schnürer (1860-1941), en «*Kirche und Kultur im Mittelalter*», define como *Armutsbewegung* o movimiento pauperístico—, fue un gran defensor de los derechos de los indígenas y buen conocedor de su cultura, y uno de los más destacados cronistas de Indias.

La llegada de Los Doce a Nueva España supone «el principio de la evangelización sujeta a orden y método» (Ricard, 1986, p. 83), aunque justo es reconocer que el camino lo abrió un año antes (1523) uno de los «lirios de Flandes»[6], Peeter Van der Moere, españolizado Pedro de Gante, hermano lego de la O.F.M., cuya labor evangélica y cultural no tiene parangón, y quien llegó acompañado de otros dos misioneros flamencos: fray Johann Van den Auwera (†1525, españolizado Juan de Aora) y de Johann Dekkers (ca. 1476-1525, españolizado Juan de Tecto), aunque estos tuvieron una corta estancia en Nueva España pues murieron a los dos años de haber llegado, tras acompañar a Hernán Cortés en su expedición a las Hibueras en la actual República de Honduras.

5.2.2. Las barreras lingüísticas

Para cualquier europeo de la época el encuentro entre dos mundos tan distintos debió de suponer un choque brutal. Uno de los muchos obstáculos a los que tuvieron que enfrentarse los misioneros fue el idioma, pero, ¿fue realmente el idioma una barrera lingüística? Los franciscanos supieron desde un primer momento que tanto para llevar a cabo su labor evangelizadora como para poder proteger a los indios, era necesario comprenderlos. Una de las posibles soluciones para hacerse entender fue aprender la lengua de los indígenas —a la llegada de los españoles son 170 lenguas las que se hablan en México[7]—, otra fórmula fue trabajar para que los naturales aprendiesen el castellano; una tercera vía fue poner en práctica los dos medios de comunicación simultáneamente.

El franciscano Lino Gómez Canedo (1908-1990) nos relata que «[…] En general, los misioneros opinaron que el uso de las lenguas indígenas era no solo más eficaz como vehículo de evangelización sino incluso menos difícil. [8]» Jerónimo de Mendieta refiere que cuando preguntaron a Juan de Tecto qué era lo que hacían y en qué entendían, éste respondió: «Aprendemos la teología que de todo punto ignoró San Agustín», y nos aclara Mendieta: «llamando teología a la lengua de los indios, y dándoles a entender el provecho grande que de saber la lengua de los naturales se había de sacar. […]» (Mendieta,

6 Nombre de la novela histórica que el académico mejicano Artemio de Valle-Arizpe (1884-1961) escribe en 1938, basada en la vida real de estos monjes franciscanos flamencos.

7 Cf. Miguel Ángel Vega Cernuda, «Lenguas, farautes y traductores en el encuentro de los mundos», en: *Hieronymus Complutensis. El Mundo de la Traducción*, núm. II, 2004, Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores (UCM), p. 84.

8 Lino Gómez Canedo, *Evangelización y conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica*, México: Editorial Porrúa, S.A., 1988, p. 160.

1973, Tomo II, p. 154). El mismo Mendieta en el Capítulo XVI de su Libro III: «Del trabajo que pasaron estos padres por no saber la lengua de los indios, hasta que la aprendieron», nos relata una de las estrategias que desarrollaron los monjes para aprender el náhuatl durante el tiempo que empleaban jugando con los niños:

> «[…] Y así fue, que dejando a ratos la gravedad de sus personas se ponían a jugar con ellos con pajuelas o pedrezuelas el rato que les daban de huelga, para quitarles el empacho con la comunicación. Y tenían siempre papel y tinta en las manos, y en oyendo el vocablo al indio, escribíanlo, y al propósito que lo dijo. Y a la tarde juntábanse los religiosos y comunicaban los unos a los otros sus escriptos, y lo mejor que podían conformaban a aquellos vocablos el romance que les parecía más convenir.» (Mendieta, 1973, Tomo I, p. 134).

Al final de este mismo capítulo, Mendieta hace referencia a la ayuda que les proporcionaban algunos intérpretes, por lo general niños, como es el caso de Alonsito, que vivía con los frailes «haciendo desde niño vida de viejo», comía con ellos y les leía a la mesa, siendo el primero que «sirviendo de intérprete a los frailes dio a entender a los indios los misterios de nuestra fe […][9]».

Por el Informe que redactaron los franciscanos en el siglo XVI a solicitud del Visitador del Consejo de Indias, Licenciado Juan de Ovando[10] sabemos que había misioneros que ya hablaban náhuatl pero también otras lenguas indígenas, ya que este hecho ofrecía la posibilidad tanto de oficiar misa como de predicar, recibir confesión o administrar los sacramentos:

> «La Milpa: dos leguas y media desde monesterio de Suchimilco, algo hacia el Mediodía, está el monesterio de la Milpa, que es subjeto suyo: llámase la Asumpción de Nuestra Señora. Residen en él dos sacerdotes: el guardián sólo es allí confesor y predicador de los indios: el otro sacerdote aprende con él la lengua. (C. F., p. 9).
>
> Xilotepec: […] residen cuatro religiosos, tres sacerdotes y un lego. El guardián es confesor y predicador de españoles y de indios, en la lengua mexicana y en aquella otomí, la cual enseña á los otros dos sacerdotes. (C. F., p. 17).
>
> Tlaxcala: […] seis sacerdotes: los tres dellos son predicadores y confesores de los indios, y otro solamente confesor de los españoles. Los otros dos son aún mozos, saben la lengua, y presto les darán licencia para confesar, […] (C. F., p. 21).
>
> San Felipe Cuixtlan: Residen en él dos sacerdotes: el guardián ó presidente es confesor y predicador de los indios: el otro no más de confesor de españoles, porque aun no sabe la lengua. (C. F., p. 21).»

9 *Ibid*, p. 134.

10 (Códice Franciscano: en adelante C.F.) Joaquín García Icazbalceta, *Códice Franciscano. Siglo XVI*, Nueva Colección de Documentos para la historia de México, México: Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1941.

J. García Icazbalceta sugiere que el Informe que dieron los franciscanos al visitador del Consejo de Indias, Juan de Ovando, puede haber sido realizado hacia 1570, fecha muy cercana a la de la ley firmada por Felipe II en 1578 en la que «establece que los sacerdotes no sean admitidos «a las doctrinas y beneficios de los indios», si no supieren la lengua general en que han de administrar». (Vega Cernuda, 2004, p. 99).

Fray Martín de Valencia comenta el éxito que tuvieron los hermanos con la lengua de los naturales y cómo gracias a este hecho pudieron dar sermones en plazas y mercados: «estos hermanos míos fueron tan dotos en la lengua de los naturales, que en muy breve tiempo, […] les pudieron encaminar en las cosas de nuestra santa fe en su propia lengua, […] haciéndoles muchos sermones por las plazas y mercados,» (C F., pp. 162-163).

Siendo el náhuatl como una *koiné* en los territorios de Nueva España al ser la lengua más extendida, se escribieron vocabularios, biografías, gramáticas, catecismos, sermones, y manuales diversos para uso de los misioneros. Ricard refiere que en el periodo de 1524 a 1572 solamente en Nueva España había 109 obras de contenido evangelizador, de las cuales 80 fueron escritas por franciscanos: en lengua náhuatl o referentes a ella: 66; en tarasco, o con orden a él: 13; para el otomí: 6; pirinda: 5; mixteco: 5; zapoteco: 5; huasteco: 4; totonaco: 2; zoque: 1; dialecto de Chilapa: 1. (Ricard, 1986, p. 122).

Desde muy temprano se pensó enseñar a los indios el castellano, pero fueron los propios misioneros quienes opinaron que el uso de las lenguas indígenas era más eficaz como vehículo de evangelización. «[…] pudiera decirse que, a través de una legislación zigzagueante se aspiraba a un cierto grado de bilingüismo para el indio.»[11] A finales del siglo XVI la Corona dio órdenes de implantar la enseñanza del castellano como obligatoria pero hasta el siglo XVIII en que esta postura se radicalizó, convivieron las dos lenguas.

Al comienzo de la evangelización no todos los indígenas sabían leer, por otro lado hubo también casos de religiosos incapaces de aprender las lenguas autóctonas, lo que llevó a los misioneros a valerse de una serie de técnicas didácticas, como el uso de grandes cuadros con pinturas sencillas y signos gráficos: «Algunos religiosos han tenido costumbre de enseñar la doctrina á los indios y predicársela por pinturas, conforme al uso que ellos antiguamente tenían y tienen, que por falta de las letras, de que carecían, comunicaban y trataban y daban á entender todas las cosas que querían […]» (C.F . p. 59). Los mejores ejemplos de estas técnicas audiovisuales se pueden disfrutar en las láminas con las que fray Diego Valadés ilustró su *Rethorica Christiana*[12]. Otra variante serían los catecismos en imágenes como el de Jacobo de Testera (ca. 1470-1543) o el de Pedro de Gante.

En cuanto a la enseñanza del latín surgió una polémica en el siglo XVI: por un lado existía la duda de si era conveniente o no que los indígenas tuvieran acceso a la cultura superior; por otro, eran conscientes de la necesidad de formar sacerdotes para que estos llevaran la doctrina a las diferentes comunidades.

11 Lino Gómez Canedo, *Opus cit.*, p. 160.

12 Diego Valadés, *Rhetorica Christiana*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 478 y siguientes.

Los franciscanos pusieron en práctica en sus escuelas la enseñanza del latín y, en muchas de ellas, con buenos resultados: Bernardino de Sahagún nos cuenta que «trabajando con ellos dos o tres años, vinieron a entender todas las materias del arte de la Gramática, a hablar latín y entenderlo, y a escribir en latín, y aún a hacer versos heroicos[13].»

5.3. Pedro de Gante

Uno de los mejores testimonios que nos han llegado sobre Pedro de Gante lo tenemos en la biografía que del mismo hace fray Agustín de Vetencurt en su *Menologio Franciscano*[14], del que reproducimos aquí un extracto:



El V. H. Fr. Pedro de Gante, de la Provincia de Frandez, Religioſo Lego, paſsò el año de 1523. con los V V. PP Fr. Iuan Tecto, Cathedratico que havia ſido de Theologia en Pariz 14. años, y Fr. Iuan de Aora, Hermano del Rey de Eſcoſia, fue embiado del Emperador Carlos V. ſu muy cercano pariente Varon de virtudes adornado, y de dotes eſclarecido; tuvo ciencia infuſa en las artes liberales, enſeñando à millares de niños la Doctrina Chriſtiana, que tradujo en Mexicano, y à los dos años tenia impreſſa en Amberes, enſeñò à los mancebos la muſica, y à tocar todos los inſtrumentos, los oficios de Pintores, Eſcultores, Herreros, y Carpinteros; enſeñòles en todo la politica Chriſtiana; edificò en la comarca de Mexico mas de cien Igleſias, fue Fundador de la Capilla de S. Ioſeph, y Convento de Mexico, primer Parroquia de las Indias, y

Conocemos el origen del franciscano lego Peeter Van der Moere, españolizado Pedro de Gante, tanto por la carta que escribe a sus ex compañeros los religiosos de la provincia de Flandes el 27 de junio de 1529, como por la descripción que de él hace fray J. de Mendieta: «El varón de Dios Fr. Pedro de Gante fue natural flamenco de la ciudad o villa de Iguen, de la provincia dicha Budarda. […] Y aunque por su suficiencia pudiera ser del coro, no quiso sino ser lego, por mucha caridad y maciza cristiandad.» (Mendieta, 1973, p. 154). Sin embargo, en otra carta que escribe el 15 de febrero de 1552 al emperador Carlos V, el propio Gante afirma ser «natural de la cibdad de Gante»[15]. Esta contradicción la explica Joaquín García Icazbalceta afirmando que tras los estudios realizados por uno de los biógrafos de Gante, F. Kieckens, Iguen o Igüen es Ayghem-St-Pierre, suburbio actual de Gante[16]. Sabemos también que era pariente cercano de Carlos V pues el propio Gante así lo reconoce en una de las cartas que escribe al emperador: […] «y dame atrevimiento ser tan allegado

13 Bernardino de Sahagún, *Historia General de la cosas de Nueva España*, México: Editorial Porrúa, s.a., 1969, Libro Décimo, cap. XXVII, p. 165.

14 Fr. Agustín de Vetancurt, *Menologio Franciscano*, México: Editorial Porrúa, 1971, p. 67.

15 *Cartas de Indias* (en adelante C.I.), Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1974, Tomo I, p. 92.

16 Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, México: Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 91.

a v. m. y ser de su tierra. […] Pues que v. m. e yo sabemos lo cercanos e propincos que somos, e tanto, que nos corre la mesma sangre, […]»[17]. Todos los autores que han estudiado la figura de fray Pedro de Gante han afirmado que una de sus virtudes principales fue la humildad: habiendo sido propuesto por el mismo emperador para arzobispo de México, nunca quiso recibir las órdenes sagradas a pesar de sus eminentes virtudes, de este modo pudo continuar con la formación de los naturales hasta el día de su muerte.

Pedro de Gante llegó a Nueva España en 1523. Debido al mal estado en que se encontraba la ciudad de Tenochtitlan tras el asedio, y a instancias de H. Cortés, fue recibido por el señor de Ixtlilxochitl, aliado de los españoles, quien le dio aposento en el palacio de Nezahuilpilli en Tezcoco, donde se quedó tres años y medio —como el mismo Gante cuenta en sus cartas— y allí aprendió el náhuatl. Cuenta Mendieta que fray Pedro era tartamudo, pero «a pesar de tal defecto servía muchas veces de intérprete, ayudaba a la conversión, catequizaba a los indios, y predicaba cuando no había sacerdote que entendiera la lengua, pero su principal ocupación fue siempre la enseñanza de los indios». (García Icazbalceta, 1954, p. 94). La primera escuela europea en el Nuevo Mundo que serviría de modelo para futuros centros de enseñanza, la fundó Pedro de Gante en Tezcoco en 1523, antes de la llegada de los Doce. A ésta seguiría la de San Francisco de México, situada a espaldas de la capilla de San José de los Naturales, también dirigida por Pedro de Gante durante 40 años, y en la que llegó a tener más de mil alumnos. En la carta que Gante escribe a los religiosos de la provincia de Flandes el 27 de junio de 1529, les explica: «Mi oficio es predicar y enseñar día y noche. En el día enseño a leer, escribir y cantar: en la noche leo doctrina cristiana y predico.» (García Icazbalceta, 1954, p. 104). En junio de 1558 Gante escribe a Felipe II y le cuenta que en su escuela «enséñanse diversidades de letras, y á cantar y á tañer diversos géneros de músicas», y explica al rey algo que es de suma trascendencia para entender la conquista espiritual que llevaron a cabo los franciscanos: cómo la labor musical desarrollada por Gante se basó en el conocimiento y las costumbres que a su llegada observó en los indígenas:

> «Mas por la gracia de Dios empecelos a conocer y entender sus condiciones y quilates, y cómo me había de haber con ellos, y es que toda su adoración dellos á sus dioses era cantar y bailar delante dellos, porque cuando habían de sacrificar algunos por alguna cosa, así como por alcanzar vitoria de sus enemigos, ó por temporales necesidades, antes que los matasen habían de cantar delante del ídolo; y como yo vi esto y que todos sus cantares eran dedicados á sus dioses, compuse metros muy solemnes sobre la Ley de Dios y de la fe, […] y también díles libreas para pintar en sus mantas para bailar con ellas, porque ansí se usaban entre ellos, conforme á los bailes y á los cantares que ellos cantaban así se vestían de alegría ó de luto ó de vitoria». (C. F., 1941, pp. 206-207).

17 González de Vera, «De los primeros misioneros en Nueva España», en: J. García Icazbalceta, *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, México: Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 91.

Otro de los testimonios del propio Pedro de Gante lo encontramos en la carta que escribe a Carlos V en octubre de 1532, donde el franciscano elogia la labor de sus alumnos: «y syn mentir puedo dezir harto bien que ay buenos escryvanos y predicadores o platicos, con harto hervor, y cantores que podrian cantar en la capilla de V.M. tan bien, que si no se vee quiça no se creerá.» (C. I., 1972, p. 52). En febrero de 1552 escribe de nuevo al emperador pero en este caso solicitando ayuda para que su escuela no desaparezca: «[…] y para que esto fuese adelante y la dicha escuela no feneciesse, pues tan necesaria es, donde deprenden los niños y mançebos yndios la doctrina y se les abeça leer y escriuir y cantar y tañer, […] alguna ayuda para la sustentaçión de los naturales […]» (C. I. 1972, p. 99).

Según explica Mendieta: «Fue el primero que en esta Nueva España enseñó a leer y escribir, cantar y tañer instrumentos musicales […] primeramente en Tezcuco a algunos hijos de principales, antes que viniesen los doce, y después en México donde residió cuasi toda su vida, […]». (Mendieta, 1973, p. 155). En su escuela de Tezcoco Gante enseñó a sus alumnos a construir instrumentos musicales: «Los primeros instrumentos que hicieron y usaron, fueron flautas, luego chirimías, después orlos, y tras ellos vihuelas de arco y ahora cornetas y bajones […] y ellos mismos lo labran todo, que ya no hay para qué traerlo de España como solían.» Sigue Mendieta explicando en el capítulo XIV de su Libro IV la gran cantidad de copias que había de flautas, chirimías, sacabuches, orlos, trompetas y atabales, y se refiere también a los órganos de las iglesias, que aunque eran elaborados por maestros españoles, los indios los labraban y tañían. Finalmente nos explica el cronista que «Los demás instrumentos que sirven para solaz y regocijo de personas seglares, los indios los hacen todos, y los tañen; rabeles, guitarras, cítaras, discantes, vihuelas, arpas y monacordios». La labor pedagógico-musical la realizaba Gante asistido por otro fraile ya mayor de nombre Juan Caro «un venerable sacerdote viejo […] que bien barato y cumplido se mostraba con ellos, pues sin saber palabra de su lengua ni ellos de la española, se estaba todo el día enseñándoles y hablando y platicándoles las reglas del canto en romance, […]». La formación en el canto no se limitaba sólo a la monodia del canto llano, sino que Gante les enseñó también la entonación simultánea de diferentes voces melódicas, lo que en aquel entonces llamaban el canto de órgano: «de ambos cantos hicieron gentiles libros y salterios de letra gruesa para los coros de los frailes, y para sus coros dellos con sus letras grandes muy iluminadas.» (Mendieta, 1973, pp. 39-40).

Sobre la calidad de las voces de los indígenas también existen diferentes testimonios. Motolinía comenta que «el tercer año les impusimos en el canto, y algunos se reían y burlaban de ellos, así porque parecían desentonados como porque parecían tener flacas voces, […] y creo que lo causa andar descalzos y mal arropados los pechos, y ser las comidas tan pobres, […][18]. Por su parte fray Bernardino de Sahagún establece una diferencia importante: «el buen cantor es de buena, clara y sana voz, de claro ingenio y de buena memoria, y canta en tenor, y cantando baja y sube, y ablanda o templa la voz, entona a los otros, ocúpase en componer y en enseñar la música, y antes que cante en

18 Fray Toribio de Benavente, *Historia de los Indios de Nueva España*, Madrid: Dastin, 2001, p. 260.

público primero se ensaya». Por el contrario, al hablar del mal cantor dice que «tiene voz hueca o áspera, o ronca; es indocto y bronco, más por otra parte es presuntuoso y jactancioso, o desvergonzado y envidioso, molesto y enojoso a los demás, por cantar mal; es muy olvidadizo y avariento en no querer comunicar con los otros lo que sabe del canto, […]»[19]. Fray Agustín de Vetancurt en las biografías que escribe en su *Menologio Franciscano*, revela que Sahagún también enseñó música a los naturales[20].

Además de la labor que realizó Pedro de Gante como profesor de música y de la enseñanza que de la misma se propagó por todas las escuelas franciscanas, hay que tener en cuenta que, ya desde Colón, entre los pasajeros a Indias viajaban músicos que portaban sus instrumentos. Hernán Cortés en su carta de fecha 15 octubre de 1524 nos habla de la existencia de ministriles que viajaban en la comitiva de su expedición a Honduras, al ser visitado por uno de los caciques: «[…] era hora de misa, hice que se dijese cantada y con mucha solemnidad, con los menistriles de chirimías y sacabuches que conmigo iban… […]»[21]. Muchos de estos ministriles eran pagados por los mismos franciscanos para que enseñasen a tocar sus instrumentos a los naturales.

5.4. Conclusión

La labor educativa llevada a cabo por fray Pedro de Gante dio sus frutos a muy corto plazo: en el Informe que realizaron los franciscanos al visitador del Consejo de Indias hacia 1570 podemos leer: «se hacen Oficios de la Iglesia con tanta solemnidad y aparato de música como en muchas iglesias Catedrales de España. El canto de órgano es ordinario en cada iglesia, y la música de flautas y chirimías muy común. […] Y todos estos instrumentos tañen los indios.» (C. F., p. 58). La catedral de la ciudad de México contó hacia 1530 con un coro de indios para los servicios dominicales, «ese coro había recibido su adiestramiento en el colegio de San Francisco, fundado y dirigido por el franciscano Pedro de Gante […][22]. Sabemos de la existencia de un compositor indígena en la ciudad de Tlaxcala, pues así lo documenta Motolinia: «un indio de estos cantores, vecino de esta ciudad de Tlaxcala, ha compuesto una misa entera, apuntada por puro ingenio, aprobada por buenos cantores de Castilla que la han visto.» (Benavente, 2001, p. 261). El arzobispo Juan de Zumárraga impulsa la llegada de la imprenta a Nueva España en 1539, lo que facilitará la edición de gran cantidad de libros de canto para las iglesias.

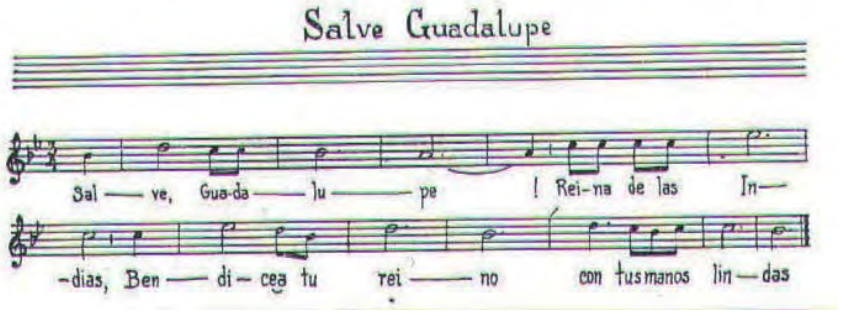
No cabe duda de que para la historia de Nueva España, la figura de Pedro de Gante es extraordinaria, y no sólo por todo lo aquí expresado en torno a su labor educativa con los naturales, sino también por haberlos querido y protegido de manera desinteresada y por elevar su nivel cultural. Al hablar de defensa a los indios, el primer nombre que se nos viene a la cabeza es el del dominico fray Bartolomé de las Casas, pero sería justo reconocer que la labor realizada

19 Bernardino de Sahagún, Opus cit., Libro Décimo, cap. VIII, p. 116.
20 Fr. Agustin de Vetancurt, *Opus cit.*, p. 13.
21 Hernán Cortes, *Cartas de Relación*, Barcelona: Instituto Gallach, 1985, p. 321.
22 Gerard Behague, *La música en América Latina*, Caracas: Monte Ávila Editores, 1983, p. 29.

por fray Pedro de Gante en este sentido no fue menos importante: La carta que Gante escribe al emperador en febrero de 1552 es un auténtico reclamo en favor de todos los indígenas oprimidos: pide por la libertad de unos mineros que han sido encerrados; denuncia a los escribanos ya que por nada hacen pleitos y gastan los tributos que son del pueblo; dice fray Pedro que mejor lo pasan los perros que los indios, pues a los primeros les dan de comer pero a los segundos se sirven de ellos y no les dan alimento; denuncia el que los niños de diez años realicen trabajos tan duros yendo a buscar el maíz a ocho y diez leguas; o le pide al emperador que envíe al menos una limosna para hacer un hospital y no permita que mueran los enfermos por no tener dónde curarse; finalmente pide sean enviados religiosos y algunos sean de Flandes (de Gante) para cuando fray Pedro muera que los naturales no le echen en falta. (C. I., 1972, pp. 92 a 102).

Fray Pedro de Gante murió el año de 1572. Mendieta señala que con su muerte los naturales sintieron gran dolor y pena, y muchos se pusieron de luto como verdadero padre que fue para ellos, y hubo gran derramamiento de lágrimas.

Recogemos a continuación un fragmento de una partitura localizada en Santa Fe (Nuevo México)[23]. Se trata de una Salve a la Virgen de Guadalupe que hace alusión al «Milagro del Tepeyac», acaecido en la ciudad de México en diciembre de 1531, de donde probablemente debió de proceder la partitura original. Consta de 8 estrofas, cada una de ellas con cuatro versos de seis sílabas. La sencillez de la melodía hace pensar en la expresión del canto llano.



23 Vicente T. Mendoza, *Estudio y clasificación de la música tradicional hispánica de Nuevo México*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. 79-80.

5.5. Referencias bibliográficas

Cartas de Indias. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1974.
Cortés, Hernán. *Cartas de Relación.* Barcelona: Instituto Gallach, 1985.
Behague, Gerard. *La música en América Latina.* Caracas: Monte Ávila Ed., 1983.
Benavente, Toribio de. *Historia de los Indios de Nueva España.* Madrid: Dastin, 2001.
Gómez Canedo, Lino. *Evangelización y conquista.* México: Ed. Porrúa, 1988.
García Icazbalceta, Joaquín. *Códice Franciscano. Siglo XVI: Nueva Colección de Documentos para la Historia de México*. México: Hayhoe, 1941.
—*Bibliografía Mexicana del siglo XVI.* México: f.c.e., 1954.
Mendieta, Jerónimo de. *Historia Eclesiástica Indiana.* Madrid: b.a.e., 1973.
Mendoza, Vicente T. *Estudio y clasificación de la música tradicional hispánica de Nuevo México.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
Ricard, Robert. *La Conquista Espiritual de México.* México: f.c.e., 1986.
Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España.* México: Ed. Porrúa, 1969.
Testamento y Codicilo de la Reina Isabel la Católica: 12 de octubre y 23 de noviembre de 1504. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, 1969.
Tobar, Balthasar de. *Compendio bulario índico.* Sevilla: csic, 1954.
Vetancurt, Agustín de. *Menologio Franciscano.* México: Ed. Porrúa, 1971.

5.6. Discografía recomendada

Ministriles Novohispanos. Obras del manuscrito 19 *de la Catedral de Puebla de los Ángeles,* Varios autores del siglo xvi, Ensemble La Danserye. Sociedad Española de Musicología, catedral de Jaén, 2012.